

Comentario al evangelio del viernes, 22 de mayo de 2015

Queridos amigos,

El relato es emocionante. No es fácil sustraerse a las lágrimas cuando se lee este bello pasaje con calma, con profundidad, poniéndose en los zapatos de Pedro, viendo cómo quien negó tres veces, otras tres confiesa: “Señor, tú sabes que te quiero”.

Pedro es el pescador pescado. Aquél que eligió un día su barca junto al lago, le hace ver, una vez más, que le ama por encima de su infidelidad. La amistad profunda que manifiesta en su perdón recrea al apóstol. Quien te cree, te crea. Quien te quiere, te devuelve siempre la confianza. El perdón es reconstituyente. El amor siempre es sanador. Así es la amistad verdadera. Pedro vuelve a escuchar: “¡Sígueme!” y dejando otra vez sus redes se convertirá, esta vez sí y para siempre, en pescador de hombres.

En el perdón que le ofrece Jesús, Pedro ha descubierto definitivamente que su maestro es verdadera e inequívocamente su amigo. Más aún: ha descubierto al Amigo, a aquel que le conoce y sabe todo lo que hay en su corazón, a aquel que a pesar de conocerle, inmerecidamente le sigue amando. Por eso brotan las lágrimas (las de Pedro y las nuestras).

Pedro había intuido en una ocasión que Jesús era el Mesías. Esta vez lo corrobora emocionado. En ese: “tú sabes que te quiero” Pedro confiesa para siempre a Jesús como su aquel salvador (mesías), aquélla quien su corazón había esperado y necesitado toda la vida. Todos necesitamos un amor y una amistad así que nos haga seguros, firmes. El amor es la roca más firme, sin duda, sobre la que construir o reconstruir cualquier vida.

Recordemos aquel día en que estaban en el grupo y Jesús les preguntó: “¿Quién dice la gente que soy yo?” Pedro fue el primero en intuir una respuesta profunda: tú eres el Mesías, el que estábamos esperando. En verdad, lo que descubrió Pedro fue que no era tan importante responder a Jesús lo maravilloso y necesario que Él era para ellos, sino el descubrir, paradójicamente, lo importantes y maravillosos que somos sus discípulos para Él. Y ahí es donde cambia todo. Ahí es donde se abre un nuevo horizonte y una nueva perspectiva. Ahí es donde descubrimos, en lo profundo, que Jesús es el Amigo, aquel que me quiere incondicionalmente, inmerecidamente y, por tanto, no me queda otra que decir: “con Él quiero caminar”. Así lo reconoció Pedro y lo reconocemos nosotros, quizá también con lágrimas. En verdad todos necesitamos caminar con el Amigo a nuestro lado. Un amigo es un tesoro. Es una gran alegría haberlo encontrado.

Que tengas una bonita jornada en la compañía de tan gran Amigo.

Fernando Prado, cmf.

Fernando Prado, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org